

Recuerdos del bus

Sucede en la vida, que a veces una imagen, un olor o un sonido queda impreso en alguna parte de nosotros. Y esa vivencia pasada, resplandece fulgurante en nuestro propio recorrido biográfico. Henchidos por el recuerdo, estos insuflan al portador de ese ignoto «tesoro» la alegría -y en ocasiones la nostalgia- de quien sabe que ha vivido.

Rocío, una chica que empezaba su primer día de universidad, pudo comprender el alcance de estas palabras mientras se dirigía de mañana a la facultad. Junto a su amiga y compañera de piso, Rocío había subido al autobús que unía su apartamento de estudiantes situado en el Aljarafe con la facultad en Sevilla. Y al tomar asiento, se percató de algo en lo que no había caído. Era la primera vez en mucho tiempo que volvía a tomar el bus. Exactamente diez años, desde que ella y su familia se mudaron a Huelva.

Entonces, ante ella relampagueó el recuerdo de los viajes en el autobús M-140. Cuando con ocho años iba junto a su madre de Coria del Río a Sevilla para visitar a su abuela. ¡Qué bien se lo pasaba junto a su abuela! Jugaban a las cartas, al dominó o al parchís, y también merendaban contándose sus cosas. Siendo una de esas cosas, las historias que antes en el autobús había escuchado de Juan, un abuelito encorvado por los años, de rostro bondadoso y gafas «divertidas» como las llamaba Rocío por hacerle grandes los ojos.

Juan, Rocío y su madre coincidían todos los sábados por las mañanas en el trayecto. Se sentaban juntos y se lo pasaban estupendamente hablando. Siempre se les hacía corto el viaje -a veces demasiado-.

Juan hablaba de su nieto que tenía la misma edad que Rocío. Su nombre era Alejandro y le gustaban tanto los animales que su abuelo le regaló unos libros de Félix Rodríguez de la Fuente para que pudiera estudiarlos mucho. También hablaba de su infancia en la época que «los niños comían pipas de calabaza, algarrobos y jugaban a las canicas y a las tabas en la calle» como decía Juan. Y Rocío le hablaba de sus juegos o sus chuches favoritas entre otras tantas cosas que compartían.

«Abuela, ¿tú también jugabas a las tabas?», o «Abuela, ¿tú también merendabas pan con aceite?», eran algunas de las preguntas que Rocío siempre le hacía a su abuela, contándole antes todo lo que aprendía de Juan en el autobús.

- Oye Rocío, ¿qué te pasa?, estás absorta. Le dijo su amiga.

Rocío, que en ese instante miraba los asientos en los que ambas estaban sentadas le dijo: «Maite, hace muchos años yo viajaba con mi madre en un autobús como este, y estamos justo en los asientos en los que nos solíamos sentar, y ahí se sentaba Juan que era un abuelito encantador, con el que me lo pasaba genial hablando. Todavía veo ese mismo autobús, el olor a regaliz de Juan y su voz abierta a mil historias.»